el escritor, al día

LEOPOLDO DE LUIS

Por SOL NOGUERAS

LEOPOLDO de Luis vive, desde hace muchos años, en un barrio popular que en tiempos fue zona obrera de casas modestas y descampados, convertido hoy en un apéndice más de la urbe que crece a toda prisa. En mitad de esta ruidosa extensión ciudadana, por la que se arrastran aún los últimos tranvías de Madrid, la casa de Leopoldo de Luis semeja una isla calmosa y diferente. Un piso pequeño, con no demasiados libros para ser feudo de escritor (la mayoría de escritores y pseudoescritores, en general, parece ser que poseen un mar de volúmenes a exhibir ante el visitante, sean o no leídos), un despacho mínimo, en el que apenas hay sitio para moverse, y un escenario hogareño tan sencillo como cualquier ciudadano medio sin pretensiones.

Leopoldo de Luis tiene una asombrosa, fuerte personalidad. En una cabeza netamente española, herencia de ese cruce racial que marca al hombre ibero, lucen los ojos pequeños y tremendamente negros, enquistados en una cara accidentada por finas, delicadas arrugas, a la sombra del pelo gris, devastado ya por entradas profundas en la frente.

Bajo este físico tan español, tan normal, se esconde una especie de contradicción: dos personalidades distintas y acopladas en sí mismas, como las aristas de un rompecabezas perfecto. Leopoldo Urrutia de Luis es un director de empresa, elevado a tal cargo desde modestos comienzos administrativos, cargo conseguido a fuerza de trabajo, de inteligencia y de dedicación. Y junto a esta personalidad casi vulgar de hombre de negocios, vive un aspecto completamente distinto. Leopoldo de Luis es poeta, un poeta filósofo, profundo, cuya poesía está exenta de dogmatismos y de retórica. Un poeta, por otra parte, sencillo y abierto, sobrio en el decir y capaz de ahondar profundamente en la esencia del hombre.

El maestro Vicente Aleixandre, en su libro *Los encuentros*, ha visto al poeta en su doble actividad.

—Mis dos aspectos —me dice Leopoldo de Luis— están totalmente armonizados. Ninguno de los dos me ha impedido desarrollar el otro. He separado las tareas y me muevo un poco como con dos personalidades, que no son tan enemigas, al fin y al cabo.

Pertenece a la generación que se conoce como poetas de postguerra, poetas que comenzaron a publicar poesías al acabarse la guerra civil. Y explica:

—No somos un grupo en conexión, no formamos un todo definido como los del 98 o como los del 27. Hemos trabajado con independencia unos de otros. Si acaso, algún grupo afín dentro de la generación. Pero, evidentemente, todos estamos marcados por la problemática de nuestro tiempo, y es lógico que tengamos algunas tendencias comunes, aunque no sean deliberadas. Dentro de un mismo clima, acusamos todos determinadas huellas, mas las circunstancias fueron diferentes para unos y para otros.

Este poeta nació en Córdoba, en 1918, cuando el mundo entero se estremecía de alegría por el final de la primera gran guerra. A los tres meses su familia se trasladaba a Valladolid, y el niño crece en mitad del hondo paisaje castellano, en una forma de vida austera y neta. Estudió el bachillerato e hizo la carrera de magisterio. Después de la guerra civil, en el 44, vino a Madrid, ganándose la vida a base de dar clases particulares. Un amigo, José Altabella, mostró unos versos suyos a José García Nieto. Este los encontró buenos, y de ahí nació la colaboración entre ambos. Así es como De Luis comenzó a publicar en la revista *Garcilaso*, dirigida por García Nieto, siendo su primera colaboración una colección de sonetos.

En el 45, De Luis entra como administrativo en una empresa privada y se casa. Muy poco después, en el 46, llega para él uno de los más grandes acontecimientos de su vida: el hijo. El hijo condiciona toda su obra poética, porque Leopoldo de Luis, que ya se había dado cuenta de que tenía algo que decir y de que podía decirlo, se abre completamente al calor de esta nueva vida que empieza y su expresión se hace más profunda, más entera. Es cuando escribe y publica su primer libro: *Alba del hijo*, conjunto de poemas hechos a la espera del nacimiento del niño. Sale el volumen en la colección «Mensajes», editada por un grupo de amigos, y muestra a un poeta de cuerpo entero, instintivo, pero profundamente formado.

—El poeta —dice él— se encuentra así mismo expresándose, de la misma manera que se encuentra respirando. Descubre el mundo cada día, como si fuera un adolescente, e incluye en el poema sus vividas experiencias. La vida le va dando la materia de su poesía. Creo que todo lo que se escribe es autobiografía, más o menos clara.

Vivencias, recuerdos, huellas emocionadas; esto es lo que deja el poeta Leopoldo de Luis en el papel. Temas, muchas veces, cotidianos y sencillos. Y al mismo tiempo muestra un tesón extraordinario en su otro trabajo, un cultivo escrupuloso de su otra personalidad.

—Me habla usted otra vez de dos personalidades —confiesa con una sonrisa muy suya, muy personal—; bien, no se han peleado nunca. Siento una cierta satisfacción, un cierto descanso en mi trabajo matemático. No me encuentro en él a disgusto. ¿Abandonarlo para dedicarme sólo a escribir? No diré que no me tentó alguna vez la idea. Quizá si no me hubiera casado... Pero el casarme, el tener un hijo, me hizo sentirme siempre muy responsable de la vida familiar. Confieso que esa responsabilidad ha llegado a angustiarme en ocasiones. Sin duda esto se refleja,

como usted ha visto bien, en mi poesia, en la comprensión de una temática de la cotidianidad, del oscuro y diario vivir en vilo. Luego, el tiempo pasa y las cosas ya son como son.

En el 54 hay otro suceso trascendental en la vida del poeta: la muerte de su padre, al que estaba unido con lazos no comunes de comprensión y amistad.

—Como usted ve, son sucesos bien normales los que han conmovido mi vida. Cierto que mi padre era el hombre más excepcional que yo he conocido. Ese dios que todo padre es para el hijo pequeño, a mi no se me cayó nunca. Su muerte fue como una mutilación.

Esa mutilación, ese vacío, lo traduce el poeta en versos inmediatamente, escritos al calor de la impresión dolorosa. Menos de dos meses después había dado forma a un libro: *El padre*, escrito como un descargo de la soledad que suponía la falta, y hecho por un poeta maduro, que había encontrado nitidez en el otro tema, el del hijo, piedra de toque que le hizo encontrarse como poeta. A través de estos temas familiares, los temas humanos y los sociales han sido motivos incorporados a su obra.

Pero este poeta hecho, perteneciente a una generación pasada, no se ha enquistado en un modo pasado de ser. Leopoldo de Luis se renueva cada día, nace cada mañana a las tendencias de la época en que vive. Opina que la juventud siempre tiene razón.

—Y, hablando de la juventud, ¿qué porvenir le ve a la poesía: social o estético?

—Lo social surge en la poesía como necesidad en los rigores de unas épocas, cuando el poeta toma conciencia de unas realidades frente a las cuales se considera obligado a protestar. Las incorpora a su temática porque se siente afectado por ellas, porque las vive. En la poesía social española de los pasados años hubo una primera generación de escritores aislados, por una serie de circunstancias, que hicieron una poesía social radicalmente española. Luego, otra generación posterior se comunicó más con el mundo, y trabajó más de acuerdo con esquemas y direcciones de lo que se hacía fuera. Pero en todo caso, la poesía social no es una moda, sino una necesidad en un momento determinado. Ahora la poesía social se ha desgastado un poco, lo que no supone que haya periclitado, como algunos quieren. Cuando publiqué mi antología de poesía social hubo quien me confirió misión panteónica. No es así. La poesía social implica una actitud frente al mun- y no un simple gusto pasajero. Hoy, un grupo juvenil vuelve al preciosismo, tiende a revalorizar el irracionalismo y la belleza pura; ha descubierto el Mediterráneo esteticista.

—Pero, ¿cuál es la poesía más justa o más válida?

—Toda. Para mí, justa y válida es toda poesía auténtica. Porque si es auténtica, toda poesía puede contribuir a mejorar al hombre. Personalmente prefiero la que le importan los valores éticos. Pero sería estúpido negar la importancia de la belleza. Le confesaré que en algunos de los momentos más duros de mi vida, mi libro confortador fue, durante meses, la *Segunda Antología de Juan Ramón Jiménez*.

—¿Le cuesta mucho escribir, o lo hace fácilmente?

BUSCANDO EL ALBA

Pero algo cierra el paso. Hay que apartarlo
y abrir caminos otra vez. Si rojos
sangran los dedos, sangran más los ojos
de ver cundir el fuego y no apagarlo.

Abrir nuevos caminos. Aunque cueste.
No están todos cegados. En el muro
hay grietas. Aún la noche pone oscuro
el corazón. Pero el camino es éste,

Escuchadlo sonar. Aún vive el muerto.
El fusilado. El perseguido. El loco
de atar. El maniatado. Se incorpora.

Llamad, llamad. El hombre está despierto
bajo infame modorra. Tocas, toco,
tocamos otra vez el alba. Ahora.

No sé si alcanzaré lo que hoy escribo
o será el alba, hijo, sólo tuya.
Pero antes de que el tiempo me destruya
quiero decir que porque vivas, vivo.

Quiero creer, y el soplo que recibo
de la vida y la tierra, que refluya
a ti, e igual que el hierro y que la hulla
de esta mina que soy salgas tú, activo,

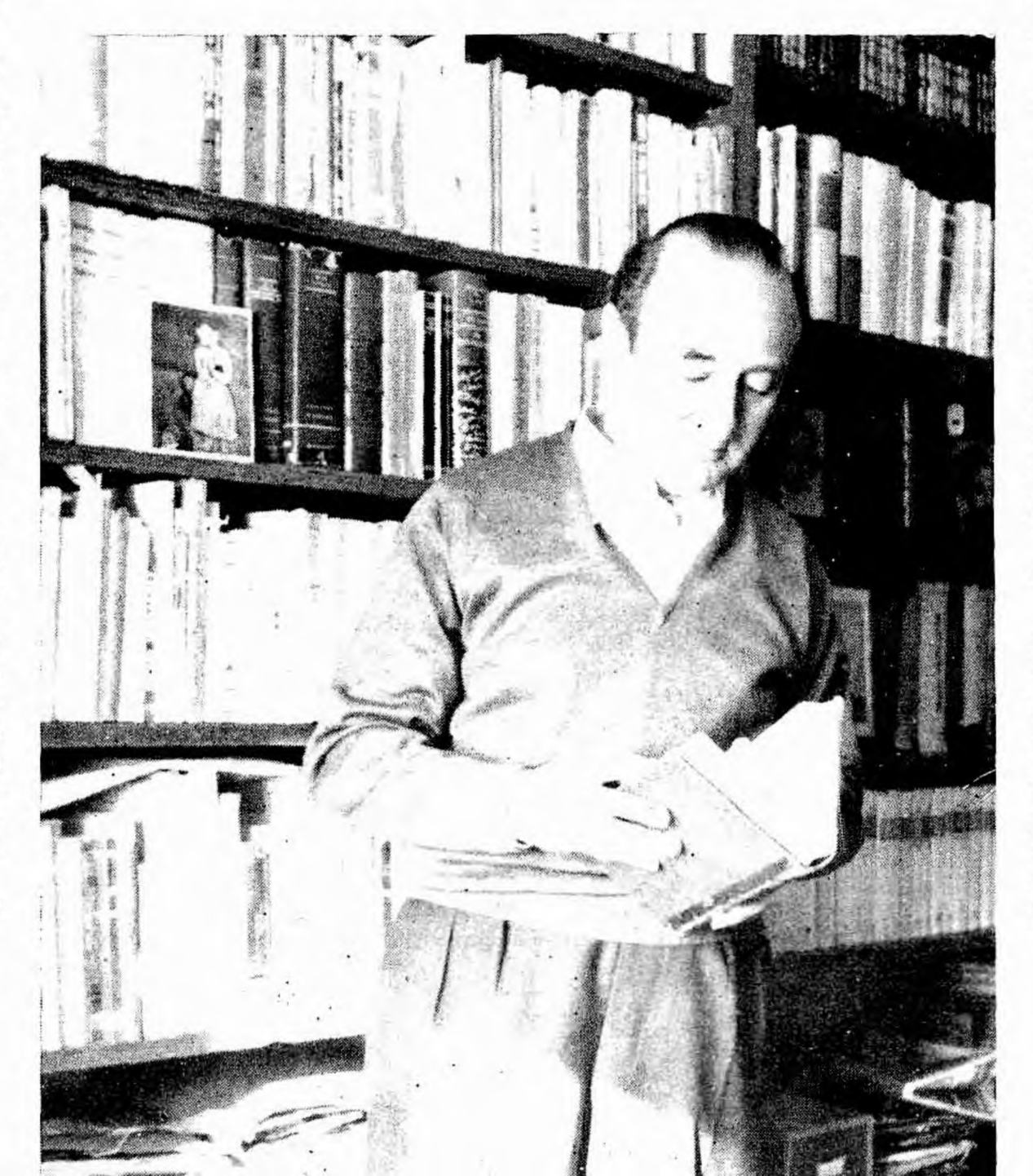
potente, vencedor: metal y sueño,
alba y amor, verdad libre y hermosa,
hombre con un mañana puro, ileso.

Hombre avanzando hacia la luz, risueño.
Aunque se hayan quedado ya en la fosa
mis pobres ojos que soñaban eso.

LEOPOLDO DE LUIS
(De «Juego limpio», 1961.)

BIBLIOGRAFIA

Alba del hijo: 1946.
Huésped de un tiempo sombrío: 1948.
Los imposibles pájaros: 1949.
Los horizontes: 1951.
Elegía en otoño: 1952.
El árbol y otros poemas: 1954.
El padre: 1954.
El extraño: 1955.
Teatro Real: 1957.
Juego limpio: 1961.
La luz a nuestro lado: 1964.
Antología de la poesía social española contemporánea: 1965.
Poesía 1946-1968: 1968.
Antología de la poesía religiosa: 1969.
Estudio y antología de la poesía amorosa de Miguel Hernández: 1969.
Con los cinco sentidos: 1970.
Biografía de Vicente Aleixandre: 1970.



—Escribo con fluidez y de manera fácil. Pero esto supone que antes se ha macerado algo por dentro, que la poesía está casi hecha en uno antes de salir al papel. Escribo poesía a temporadas. A veces paso mucho tiempo sin escribir un verso; a veces, escribo muchos en pocos días. No obstante, creo que la inspiración, en gran medida, viene trabajando.

Como Antonio Machado, poeta al que, en cierto modo, se parece, Leopoldo de Luis ha tenido un condicionamiento regional: Andalucía, Castilla...

—Pero a mí lo regional no me ha influido mucho —afirma—. Al hombre, al poeta, más que el paisaje donde nace, le influye el medio de vida en que se desenvuelve. Porque el poeta recibe suscitaciones de cuanto le rodea y las vuelve hechas poesía al pueblo que se las ha dado. El poeta es tributario de todos y de todo. La poesía es una restitución.

—¿Cómo ve el poeta al mundo actual de técnicas espaciales? ¿Cómo ve el porvenir del hombre?

—La ciencia va deshaciendo mitos, pero no arruina la poesía, sino al contrario, le da nuevos motivos. Ni la luna ni el corazón, desmitificados, alteran el valor de la poesía, que expresará siempre la zozobra del ser humano. La luna y el corazón, desmitificados, nos hacen comprender un poco más nuestra propia materia inserta en el cosmos. En cuanto al porvenir, yo que como poeta he sentido desde un ángulo pesimista el destino siempre trágico del ser humano, creo y confío en que la humanidad, en conjunto, va hacia un mundo mejor.

—¿Y el maquinismo?

—La máquina puede liberar al hombre del trabajo físico, pero depende de quién detente su poder. Con la máquina puede nacer —de hecho ha nacido— una mayor esclavitud y una helada deshumanización. El crecimiento de la automatización tiene que ir aparejado a un profundo humanismo y, por supuesto, a la implantación de una radical justicia social.

Además de poeta, Leopoldo de Luis es crítico, un crítico consciente y válido. En 1948 comenzó esta labor en la revista *Insula*. Luego, en *Poesía Española*. Durante varios años trabajó para *Papeles de Sor Armadans*, y ahora escribe para la *Revista de Occidente*.

—¿Qué es, o qué debe ser la crítica?, le pregunto.

—Un análisis profundo de los valores estilísticos y expresivos y de la intención de lo que se analiza. No se trata de echar piropos o diatribas, sino de calar y de intentar comprender. Tampoco se trata de decir a secas si una obra es buena o mala —¿qué son esos adjetivos?—, ni de aconsejar al autor lo que tiene que hacer, sino de acercarse a lo que ha hecho. Más que para el autor, la crítica puede servir para orientar e informar al lector.

—Hay quien no cree en ella. ¿Usted la juzga necesaria?

—Totalmente. Lo es, porque ahí queda como constancia y como muestra de un punto de vista. Como posibilidad de comprender a un autor, el día de mañana, desde el punto de vista de su tiempo. La crítica es un documento, pero no es nada cristalizado ni definitivo. Cada época, cada generación, tiene su modo de mirar y de comprender, tiene sus peculiares atisbos críticos. ¿No le parece?